

AGUJA DE MAREAR

DUELO POR UN TRABAJADOR



Ha muerto en Madrid Ricardo Baeza. Asociamos su nombre a lecturas de juventud. A través de sus excelentes traducciones conocimos la "Judith" de Hebbel, "La hija de Iorio" de D'Annunzio y tantas otras obras extranjeras que dejaron huella perenne en nuestro espíritu. ¿Cómo hay que agradecer a algunos sencillos trabajadores de las letras ciertos hitos memorables en la formación literaria!

Baeza perteneció a la estirpe de los laboriosos. Era el escritor gremial, sin jornada de ocho horas ni descanso retribuido; el hombre de largo oficio y corto beneficio; el prosista fácil, culto, no exento de gracia, que sacrificaba sus propios dones para trasegar los dones de los demás.

El mismo confesaba que había nacido para traducir. No hay que pensar sólo en el imperativo económico, tan implacable en nuestra profesión. El que se consagra a la traducción es por lo general un lector avorazado y entusiasta. Cuando una página escrita en otra lengua extrema nuestro fervor, sentimos el deseo de ver cómo suena en la propia. Es un ejercicio que acaba convirtiéndose en oficio. Se parte hacia una aventura y se vuelve con un poco de dinero en la faltriquera. Así se explica que a la mayoría de los grandes creadores les haya tentado alguna vez la traducción. En las etapas de conflicto con las palabras—crisis frecuente en el escritor—el verter de otro idioma es un **experimentum crucis** y a la vez un modo de adiestramiento para recuperar la forma.

Porque la traducción exige más dominio de la lengua propia que de la ajena. Lo difícil no es captar el sentido de los giros extranjeros, sino hallarles su equivalente en el idioma nativo. Algunos maestros han recomendado una estricta neutralidad instrumental; otros se inclinan a la versión más subjetiva y apasionada. Nuestros clásicos iban tan lejos en la sustitución que traducían hasta los nombres de los autores, y así hablaban de don Miguel de Montaña y de las fábulas de Lafuente.

Baeza fue un ecléctico. Ni **acastizó** los textos foráneos ni los **neutralizó** hasta el punto de quitarles su sabor y su color propios. Tal vez el secreto consista en que se haga el trasplante sin confundir las especies, de manera que la florecilla silvestre no se adorne con melindres de flor de invernadero ni viceversa.

Para esto, una gran humildad y un gran rigor. Los tuvo Baeza, que gastó su ciencia en traducir y su arte en escribir notables prólogos para los textos traducidos. Cada uno de esos prólogos puede leerse hoy como un provechoso y deleitoso ensayo.

La colmena letrada tiene mucho que agradecer a estas abejas obreras, sin las cuales no sería posible esa organización maravillosa de zumbido y miel.

F. I.

Mu, feb 7/56